

EST.—Ya sé que mucha. Te he visto trabajar...

GUA.—(Con desdén.)—¿Sí?...  
 EST.—Eres una gran actriz, y realmente con-

mueves al público. Anoche, en el tercer acto, se me caían los lagrimones...

GUA.—Oyéndome... ¿sabes llorar en el teatro? Lo que no has sabido nunca en la vida... ¡Es bien raro cómo se complace Dios en permitir que se manifiesten algunos corazones!...

EST.—Hablo ahora en el aspecto artístico tan sólo. Tu personalidad fué una revelación... En escena tienes una voz maravillosa, dulcísima... y luego la mirada, el semblante, los gestos... todo en tí da una sensación absoluta de verdad y de naturalidad pasmosa.

GUA.—Galantería de usted...

EST.—(Sorprendido.)—Guadalupe...

GUA.—Dispensa. Contestaba distraída a uno de los muchos que suelen venir a este mismo cuarto y me dicen esas mismas trivialidades.

EST.—(Levantándose.)—¡Es que yo no quiero ser para tí uno entre muchos!

GUA.—¡Pues no quieras! ¿Qué podrás ser tú ya para mí en la vida? ¡esol y si varío de pensar ¡ni esol!

EST.—¡Eres cruel!

GUA.—Estudiosa... y aprendo en pocas lecciones. Siéntate si quieres, siéntate.

EST.—Aunque reconozco que tienes motivo para dudar de mi palabra...

GUA.—¡No! Total... ¿qué fué? ¿Unos novios que rompen...? Eso no es nada grave ni extraordinario, Esteban. ¡Cierto que no tenía a nadie en el mundo...! pero no vas a cargar tú con la culpa de no tener yo parientes... ¡que eras mi única esperanza!... pero no vas tú a ser responsable de la imaginación mía, voladora y ambiciosa... ¡Cierto que como vino la suerte pudo haber venido la desgracia, y desesperarme, encenagarme, hundirme! ¡Cierto... pero ya serían hechos posteriores y no te incumbe a tí la responsabilidad! Por eso digo que lo nuestro no fué nada...

EST.—Veo que aún me conservas rencor...

GUA.—Ninguno. Permíteme una curiosidad. ¿A qué vienes?

EST.—A pedirte perdón.

GUA.—¿Tanto te importa?

EST.—Muchísimo.

GUA.—Pues perdonado. Pero me desconsuela el pensar lo que habrás padecido estos cuatro años en la inseguridad de si al fin te perdonaría o no... ¡debió ser horrible!

EST.—¿Te burlas de mí, Guadalupe?

GUA.—No, no. Hablo muy en serio... sólo que tengo costumbre de sonreír cuando me dirijo a los extraños.

EST.—¿Y yo lo soy?

GUA.—Sí. No diré que desconocido, pero extraño, sí, muy extraño, muy ajeno a mi vida y muy distante de mis pensamientos.

EST.—Paciencia...

GUA.—Tú lo has querido así.

EST.—Pero ahora, de buena gana intentaría el reanudar la antigua amistad.

GUA.—¿Qué más?

EST.—Y hablarnos y vernos...

GUA.—¿Qué más?

EST.—Ya puestos en ese camino, tan deseado para mí, sabe Dios hasta dónde iríamos...

GUA.—Dios lo sabe, sí... pero tú... ¿tú no lo sabes todavía, Esteban?

EST.—A ser tu amigo y a ofrecerte a ti por completo...

GUA.—Ya te necesité un día... y ese día no te pude encontrar. Desde entonces, aunque me pongan los cielos en miseria, yo no acudiré a tí jamás, ni será preciso tampoco, que el mundo es demasiado grande para que dos veces vaya uno a tropezar en la misma piedra.

EST.—Pues dicen que tropezar en algunas no te desagrada con exceso...

GUA.—(*Levantándose.*)—¡Eso sí lo sabes! ¡Y a eso vienes, verdad, a eso vienes! La que no quisiste honrada y para ti solo, te apetece ahora que la supones puesta en el mercado, y vienes tú—tú, ¡Esteban!—a colocarte en fila con los otros y a esperar un turno de favores después de los otros. ¡Qué asco, Dios mío, qué asco Márchate, Esteban.

EST.—(*Que se levantó después que ella.*)—Muy altiva te has vuelto... ¿Lo eras así en el Edén-Concert?

GUA.—Márchate, Esteban.

EST.—Y cuadran mal esos orgullos cuando no se pueden tener con todos. Adiós.

(*Marcha.*)

GUA.—¡¡No te marches todavía, no!!

EST.—¿Qué quieres?

GUA.—No necesito justificarme contigo para nada, ¿verdad? Soy libre, absolutamente libre para hacer lo que me plazca, ¿verdad? Y sea cual sea mi conducta no tienes tú el más mínimo derecho para censurarme, ¿verdad?

EST.—Verdad.

GUA.—Pues oye. ¡Que no respire, que no ten-

ga una hora dichosa, que me falte la voz, ¡que cieguel para no poderme ganar ni el pan, si en mi vida hay la sombra más leve de esa culpa que me atribuyes.

EST.—Yo no lo he creído.

GUA.—Pero lo has dicho. Marcha.

EST.—Necesito primero sincerarme...

GUA.—Era yo quien lo necesitaba. Marcha.

EST.—Escúchame un momento...

GUA.—No, ni uno. ¡Marcha, marcha, marcha!

EST.—¿Para no volver?

GUA.—Acertarás.

EST.—Pero creyendo...

GUA.—¡Lo que creas!

EST.—Pues dispensa.

(*Mutis.*)

GUA.—Dispensado. ¡Esta vida, tan hermosa, qué asco, Dios, qué asco tan grande nos da a veces...!

(*Queda inmóvil, absorta. Una pausa.*)

## ESCENA XVI

GUADALUPE, HERCULES

HÉR.—¡A cadena perpetua! Empalmamos el ensayo con la función.

GUA.—Como tantas otras veces.

HÉR.—Y un día moriremos aquí. ¡Lo mismo es!

«Si ello al cabo ha de llegar,

pues lo inevitable encierra,

¿qué más da morir en tierra

que morir en Ultramar?»

GUA.—En alta mar, hombre.

HÉR.—También es lo mismo. Cada uno debe decir lo que se le antoje, ya que en el mundo todo es farsa.

GUA.—Hércules... desearía hablarte muy en serio.

HÉR.—Mala proposición. En serio desbarro.

GUA.—Es muy grave para mí, Hércules...

HÉR.—Basta. Nos pondremos en la gravedad. Déjame entrenar. ¡Mi casa, mi sueldo, quince hijos, el año que viene dieciséis o diecisiete... o diecisiete mil... ¡Señor! ¡Señor!... Ya estoy gravísimo. Habla.

GUA.—Para no dar pábulo a ciertas murmuraciones, Román ha pensado en venir menos por aquí. Yo comprendo que eso ha de perjudicarlo, y para evitarlo acepto un contrato fuera. ¿Qué opinas?

HÉR.—¿Respondo francamente? Pues allá va. Un disparate. Tú quieres a Román.

GUA.—¡No, Hércules!

HÉR.—Por gratitud o porque lo idealizas, pero el caso es que le quieres. Román te quiere a ti.

GUA.—¡De Román, te equivocas!

HÉR.—¿De tí no?

GUA.—También...

HÉR.—¿Por qué no acabáis de una vez? O, mejor dicho: ¿por qué no empezáis de una vez? Los dos sois libres... ¿Quién os lo impide? Los dos estáis sufriendo... ¿Quién os lo agradece? ¿Es por el mundo? ¡El mundo no sabe ni que existís vosotros! ¿Es por el mundillo este del teatro? Pues menuda satisfacción les daréis a los compañeros el día que puedan decir triunfantes: ¿Ve usted como no era una calumnia? ¿Lo ve usted?...

GUA.—Quizás...

HÉR.—A nadie haréis daño y a vosotros seguramente os ha de gustar mucho.—¡Pues hale a ello; hale!

GUA.—¡Júramelo, Hércules! ¿Tú sabes que Román me quiere?

HÉR.—Sí. El mismo me lo confesó...

GUA.—(*Gozosa.*)—¡Pues ya no lo oculto más! ¡También yo le quiero con toda mi alma!

HÉR.—(*Frotándose las manos.*)—Ajajá...

GUA.—¡Me parece el mejor de los hombres y yo seré la más feliz de las mujeres a su lado!

HÉR.—Ajajá...

GUA.—Pero dime, Hércules... ¿Cómo Román no comprende que yo estoy aguardando una palabra suya?

HÉR.—Ya lo comprende, ya.

GUA.—¿Y por qué no lo dice?

HÉR.—Porque sabe que eres muy formal en tus cosas, y muy recta, y muy severa.

GUA.—¡Razón de más! ¿Qué mejor garantía buscará un hombre que la formalidad de una mujer?

HÉR.—Para una clase de amor, sí. Para otra, no.

GUA.—¿Qué dices, Hércules?

HÉR.—Nada, nada. Ya te previne de que yo, en serio, desbarraba.

GUA.—¿Qué dices Hércules?

HÉR.—Nada. Suposiciones mías...

GUA.—¿Que Román me desea como... como uno cualquier?

HÉR.—No sé... no sé...

GUA.—(*Soltándolo.*)—¿Es eso? ¡También

Román! ¡No es el mejor de los hombres! Es un hombre nada más...

HÉR.—(Marchándose.)—No sé... no sé... no hagas caso de lo que he dicho y averígualo tú... averígualo tú...

(Mutis.)

GUA.—Todos lo mismo. ¡Todos! ¡Malhaya de la mujer que se ve solal!

*Y con rabia y con pena se  
deja caer en el diván...*

*Una pausa.*

### ESCENA XVIII

GUADALUPE: ROMAN

ROMAN.—¿Qué te pasa, Lupe? ¿Qué te pasa...?

GUA.—Nada. (Sonriendo,) Que a veces andamos por las nubes... y en las nubes también se lleva uno golpes y encontronazos.

ROMAN.—¡Pues a la tierra, Guadalupe, a la tierra! que en ella has triunfado.

GUA.—He triunfado, cierto. ¡Pero si me tienes algo de cariño no me recuerdes lo que fué menester ir sacrificando para llegar al fin! ¡No lo recuerdes, no lo recuerdes!

ROMAN.—Como todos los que pelean. Des-

carta a los privilegiados, a los que pueden permitirse el lujo de tenerlo todo, incluso dignidad y orgullo, sin que les haya costado nada el obtenerlo, que hasta la honradez heredan... Descarta a esos pocos únicamente... ¿pero los demás? Los demás igual que tú. Cuando pasó el rebaño por el camino siempre quedan velloneas en las zarzas...

GUA.—Es que yo defendí con tanta tibieza algunas ilusiones que me parece que las puse en venta...

ROMÁN.—Siendo así, también serías igual a todos. Unos se venden por gloria, otros por amor, otros por dinero, otros por vanidad, pero todos por algo. La cuestión única y difícil es la de saber en qué clase de moneda se ha de pagar a cada uno, pero venderse, sí, se venden todos. La humanidad está en venta hace mucho tiempo. ¿No lo sabías?

GUA.—Mejor era...

ROMÁN.—Déjmosla estar... y vamos a lo nuestro, que a eso vengo decidido. ¡Te quiero Guadalupe!

GUA.—¡No!

ROMÁN.—¿Para qué dices que no, estando convencida de que sí? Te quiero y tú me quieres a mí.

GUA.—Eso no, Román.

ROMÁN.—¿Para qué dices que no cuando por mi suerte es que sí...? ¿Para qué, Guadalupe? Hasta hoy he callado por la absurda puerilidad de figurarme que pudieras tú creerte muy obligada a mí por gratitud... y por gratitud cederas, no por cariño. Ahora, ante la idea de que te marchas, se han desvanecido súbitamente los escrúpulos, y vengo a decirte lo que ya sabes hace mucho: Te quiero, Guadalupe.

GUA.—Es una locura...

ROMÁN.—¿El haber enmudecido tanto tiempo? Exacto. Una grandísima locura. ¡Reparémosla pronto!

GUA.—No puede ser...

ROMÁN.—¿Por qué no puede ser? ¡De mí no dudarás!

GUA.—No.

ROMÁN.—Cuenta de tu conducta no se la debes a persona conocida.

GUA.—No.

ROMÁN.—Por el qué dirán, tampoco.

GUA.—(Con reproche).—¡¡Román!!

ROMÁN.—Tampoco. Esa causa, justa y legítima en cualquier otra circunstancia, en ésta no te sirve ni de pretexto. Para todos, menos para ti

y para mí, hace ya muchísimo que somos lo que ahora te ruego fervientemente que seamos.

GUA.—Pero antes era una calumnia y ahora sería una verdad.

ROMÁN.—Poca diferencia hay...

GUA.—Para los demás, ninguna; para mí, enorme. Ya sé que no me creen buena, ya lo sé. Los más indulgentes suponen que sólo contigo fui débil; otros, más crueles todavía, no fijan número siquiera...

ROMÁN.—¡Nadie tiene razón para esa infamia!

GUA.—Pero tú me propones que la tengan...

ROMÁN.—¡No es lo mismo

GUA.—¿Por ser tú...? No, Román, no. En mis momentos de soledad—cuando uno hace balance espiritual de sinceridades...—veo claramente que la vida me trajo un gran bienestar, pero en cambio se ha llevado todo lo que eran ilusiones, esperanzas y respetos... Me queda únicamente la satisfacción íntima de poder decirme: «Me creen mala... pero soy buena; las apariencias van en mi contra y no es gran maldad el acusarme... pero yo sé que soy buena.» Es bien poco, ¿verdad? Pero como es lo único, me juré a mí misma no sacrificarlo jamás.

ROMÁN.—En eso te engañas de medio a medio.—(*Acercándose, insinuante y en voz baja*).—Cuando no se perjudica a nadie, cuando no se infiere agravio a nadie... ¿qué mal hay en quererse? Ninguno, Y en cambio hay tanto bien, que los demás de la tierra no pueden ni comparársele siquiera. ¿Has oído hablar de alegría? Pues el amor es quien guarda la más inefable. ¿Has oído hablar de felicidad? Pues no el amor, una migaja del amor, nos da la felicidad suprema. Los reyes, son más soberanos aún cuando aman: es el único momento en que también son como reyes los mendigos: y el mismo Dios, cuando quiso hacernos comprender lo sublime de su religión, no pudo hallar una palabra más completa y que significara más, y nos dijo: mi religión es de amor...

GUA.—(*Fascinada, defendiéndose débilmente*).—Román, Román...

ROMÁN.—¿Y tú no quieres amar, Guadalupe? Hoy quizás no te importe mucho, porque tienes en tu vanidad satisfecha y en tus años juveniles motivos sobrados para compensar la pérdida de un cariño... ¿pero y mañana? En la vejez no se vive más que de recuerdos, y quien no tuvo un amor en la juventud... ¿de qué se podrá acordar

con delicia en la vejez...? ¿De qué, Guadalupe?

GUA.—Calla, Román, calla...

ROMÁN.—Déjate querer... Por hoy... ¡sí! por hoy, que lo vale bien, pero sobre todo por mañana.

GUA.—¡Nol! ¡Precisamente por eso, nol! Hoy veo la culpa... y veo el encanto. Mañana no recordaré más que la culpa. ¡Nol!

ROMÁN.—(*Atrayéndola para besarla*).—¡Quiéreme, Guadalupe!

GUA.—(*Desprendiéndose bruscamente para romper el encanto*).—¡Nol!... ¡Nol!... ¡Nol! Nadie lo creará... No le importará a nadie... pero sé que yo soy buena... ¡Lo sé yo! Y a mí misma me juré que siempre lo sería.

ROMÁN.—Dichosa tú que juras en frío, y luego, cuando llaman a tu alma, aún sabes sostener los juramentos.

(*Se oye dentro el timbre de aviso.*)

GUA.—Es que la vida fué muy dura para mí, Román...

ROMÁN.—Y ahora lo eres tú para los otros. En paz, Guadalupe, en paz.

## ESCENA XVIII

DICHOS: TRASPUNTE

TRAS.—Señorita Santos... Voy a empezar.  
(*Mutis*).

GUA.—Cuando quieran...

ROMÁN.—(*Suplicando*).—¿No, Guadalupe?

GUA.—No; resueltamente no.

ROMÁN.—Hacia bien en callar.

GUA.—Sí, hacías bien...

ROMÁN.—Adiós entonces...

GUA.—Adiós.

(*Le tiende la mano*).

ROMÁN.—(*Coge la mano de ella, estrechándola entre las suyas un momento, y al fin, jugándose el todo por el todo, la abraza con ansia*).—¡¡Guadalupell

GUA.—(*Rechazándole con energía*).—¡No, Román, no! ¡Resueltamente no! ¡Irrevocablemente no! En las zarzas del camino he dejado mi tranquilidad, mi sosiego...

ROMÁN.—(*Sonriendo con ironía*).—Más, más...

GUA.—Mi nombre, mi reputación...

ROMÁN.—Más, más...

GUA.—Dejé el noviazgo de chiquilla y ahora dejo el amor de mujer.

ROMÁN.—Más, más...

GUA.—Dejé hasta pedazos de mi carne, que todavía tengo la cicatriz de aquella noche horrenda.

ROMÁN.—Más, aún más...

GUA.—¿Qué más pude dejar?...

ROMÁN.—Dejaste el corazón. ¿Ya no lo recuerdas siquiera?

GUA.—¡Román!

ROMÁN.—Y por eso he dado yo golpe sobre golpe llamando inútilmente. ¿Quién iba a responder, si no había nadie?...

GUA.—(*Con ira*).—¡¡Román, Román!!—(*Dentro. La voz del traspunte*:)—Voy a empezar...  
(*Timbre*).

ROMÁN.—Pero eso, que es lo más triste y lo más amargo para vivir, es lo más práctico para triunfar. Irás muy lejos niña... ¡Macbeth, tú serás rey! ¡Guadalupe, tú llegarás a donde te has propuesto!

GUA.—¡Román!

ROMÁN.—Queda con Dios. La comedia empieza... La tuya sigue. Buena suerte.

(*Mutis*).



GUA.—¡¡Román!! ¡¡Román!! No me bridan lo que puedo aceptar y se enojan porque no admito lo que ofende... ¡Y éste es el que me quiso más y el que parecía mejor! ¡Todos lo mismo, todos! ¡¡Malhaya de la mujer que se ve sola!!

(Timbre).

TELÓN

PERSONAJES

- ANGÉLICA
- ROSARIO
- ROMUALDO
- LA VIUDA DE CIBURTES
- LA HERMANA DE CIBURTES
- RAIMUNDO
- EL DOCTOR URQUISTE
- CARAVERRA
- ENRIQUE
- GUTIERREZ

FANTASMAS

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el TEATRO LARA la noche del 25 de Noviembre de 1915.

EPÍLOGO